

CAPÍTULO 28.

OTRA VISITA AL MUSEO, TAN ABURRIDA COMO LA PRECEDENTE.



Poco tiempo después se volvieron a encontrar los dos en el museo. Tomás parecía estar en su día silencioso, y Keller-Caprese reforzaba, por lo tanto, su inventiva para mantener la conversación. Estaba a punto de explayarse sobre el tono dorado del Tiziano y contraponerlo a los fondos plateados en las pinturas de Moretto, cuando Tomás lo interrumpió con impaciencia.

-Esas son cuestiones evidentes. Tiziano sabía vivir y, puesto que nunca tenía suficiente oro, lo pintaba. Eso no me interesa. He visto casi todas las galerías abiertas al público en el mundo, y el resultado es que me encuentro totalmente atontado, ya no puedo ver lo esencial de un cuadro. Lo esencial es el marco. “Aquellos de vosotros que no seáis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos”, está en la Biblia, y para los niños el marco es mucho más atractivo que la pintura misma. Yo también estoy convencido de que el niño tiene razón, pues ¿qué obtiene uno del más hermoso Tiziano, si se queda enrollado en algún rincón? Aunque me esfuerce tanto como quiera, ya no puedo procurarme el goce necesario que produciría el marco. La presentación es lo esencial de las cosas. Yo lo sé muy bien, pero me enojo en lugar de alegrarme por ello. Me interesa la manera de cómo se hace que la humanidad considere esto o aquello como hermoso, como noble, como bueno, cuando me ocupo de ello en grandes contextos; cuando, por decirlo de algún modo, contemplo un marco grande, gigantesco, de colores chillones. Lo esencial de cada suceso particular, eso ni lo miro. Por ello, me engañan y se ríen de mí. Y esto es el resultado de que desde niño fui un fanfarrón, siempre jugué a ser adulto. Para mí no había nada suficientemente elevado, ni grande, ni lejano. Es por eso que crecí tanto y soy tan gordo, tan tonto.

Sollozaba con fuerza y se puso a tramar algo en silencio.

Keller-Caprese se jalaba con impaciencia el bigote. Para él eran sumamente incómodos esos estados de ánimo de su benefactor, pues sabía que venían malos tiempos cuando Tomás se quedaba callado. Decidió provocar al gordo loco mediante la contradicción.

-Eso que dice es una tontería fenomenal. El corazón, el contenido, el cuadro mismo es lo digno de ser observado. El marco quizá es necesario, pero insignificante. ¿O acaso quiere usted realmente afirmar que se trata del marco de la Sixtina, sobre el que acaba usted de entonar un himno, más que sobre el cuadro?

Tomás se enfureció tanto que las babas salpicaron desde la boca.

-Para eso es que me esfuerzo desde hace semanas con usted, para que me salga aquí con el cacangelium de los filisteos. Atraviese, vaya a la Galería Nacional y vea allí qué clase de mamarrachos eran considerados hace veinte o treinta años obras maestras, sólo porque los periódicos y las mafias de pintores, esto es los marcos, causaban sensación. Ése se hizo famoso porque traía un rizo colgando en la frente; aquél porque trataba a las mujeres como putas; el otro porque daba buenas cenas y otro porque decía obscenidades, y allí encuentra usted una incomparable pintura que fue admirada porque el pintor pintaba rojo lo que veía verde, o porque ni siquiera pintaba, sino que bosquejaba en cartulinas con carbón. Y con los cuadros antiguos, la cosa no es muy diferente. ¿La Sixtina? Hace algunos siglos fue vendida en un precio irrisorio. Nadie se preocupa de la obra. Y hasta un hombre de regular inteligencia como Goethe, no se tomó la molestia ni de mencionarla. Entonces era aun, en verdad, un trabajo de Rafael. Pero después se la restauró y sobrepintó

de manera que no quedara ni una sola pincelada de Rafael, y así se hizo famosa, la perla de las pinturas. El chismorreo de nuestros historiadores del arte y estetas, cuyo trabajo consiste en falsear la verdad exactamente igual que los historiadores, eso es lo esencial de la Sixtina, de Miguel Ángel, de Rembrandt, de Rubens. Si no padeciéramos todos nosotros de ventosidades estéticas, nadie se interesaría por las reproducciones de estos pintores, excepto algunos coleccionistas para los que tendrían el mismo valor de locura, como ahora sucede con un ejemplar único para los filatelistas. La grandeza de las gentes se logra mediante gritos, mediante gritos de gentes que son tan impotentes como para engendrar, pero que se portan como adultos, semejantes a los muchachos que hablan artificialmente en tono de bajo. En principio, no hay diferencia entre los grandes hombres y la gente común y corriente. La verdadera grandeza del hombre no consiste en sus logros, sino en la manera en que piensa sobre sus logros. Aquel que cacarea como gallina porque ya puso un huevo, ése recibe su recompensa. Y me enoja olvidar siempre que ese comportamiento de adultos de la gente pueril me hace llevar muchos chascos. Un libro con ilustraciones como *Pedro, el mugroso** es mil veces más valioso que todo este museo y cien mil veces más profundo que todos los embustes de Rembrandt, cien mil veces más importante también. De *Pedro, el mugroso* brota un cúmulo de sabiduría.

Keller-Caprese consideró recomendable arrojar aceite al fuego.

-Estaba pensando -dijo y se dejó caer en uno de los asientos- por qué me cuesta tanto trabajo estar de pie y, con la mención de *Pedro, el mugroso*, caigo en cuenta de repente en la razón. Se me ocurrió de inmediato *Max y Moritz*** . La escena donde el sastre es sacado del agua por los gansos, y luego vi claro que, durante todo el tiempo que usted hablaba, yo estaba mirando “Leda con el cisne” de Correggio. Los gansos y los cisnes son la misma cosa. Frente al cuadro estaban un par de muchachos de la preparatoria y se podía notar en sus rostros lo que les estaba sucediendo. Esto me despertó recuerdos que me son dolorosos.

Tomás estaba como electrizado. Se sentó junto al pintor, se le enganchó al brazo y rió complacido.

-Ve usted cómo me hace reaccionar. Tengo que colocar rápido mi brazo en círculo junto al suyo y a su cuerpo. Allí tiene usted, de nuevo, un trozo del marco que hace famosos a los pintores: los objetos que ellos pintan. Todos nuestros conceptos de la belleza provienen de la nostalgia de encontrar una abertura en la que podamos insertarnos. Hombre y mujer, forma alargada y forma redonda, allí tiene usted todo. Añada además el triángulo, que, por supuesto, simboliza al hombre, entonces está claro lo que es bello. El triángulo, allí lo tiene usted. Hace poco le hablaba sobre eso. Por lo demás, los testículos: engendrar, testificar, procrear, testis. Acuérdesse del refrán: “A través de la boca de dos testigos se conoce la verdad”. Estos testigos, el latín lo prueba tanto como el español, son los depósitos del semen, y su boca, usted ya sabe cuál es. El que quiera descubrir la verdad, que consulte a su varita mágica. Allá la encontrará. El Misterio.

El loco sacó el brazo del de su vecino y unió pensativo sus manos. El pintor se dio cuenta de que lograba imponérsele y continuó con su tema.

-No hay duda alguna de que la justicia para todo lo que cuelga aquí y allá procede de la concupiscencia. *Cherchez la femme!*

En ese momento entraba en el salón una parejita elegantemente vestida; una mujer hermosa y muy joven que iba aburrída y adormilada junto a su alto y fuerte acompañante, quien a su vez marchaba con expresión desabrida, un paso delante de ella, medio distanciado de los cuadros. Keller-Caprese los seguía con ávida mirada.

-Es un buen chiste que se represente a la justicia como una diosa, pues todos sabemos lo parciales que son las mujeres.

-Si la verdad es el aparato sexual del hombre, bien se puede simbolizar la inquisición por la verdad mediante la mujer -respondió Tomás, mientras balanceaba suavemente la parte superior de su cuerpo de aquí para allá, representando involuntariamente la inquisición por la verdad.

-¿Quién conoce mejor la verdad que la mujer? Y eso de que traiga la venda sobre los ojos... -No terminó

* .- El *Struwwelpeter* es un clásico de la literatura infantil en lengua alemana, cuyo personaje Pedro infunde a los lectores un gran horror por la suciedad. (N. del T.)

** .- Se trata de otro libro infantil sobre las aventuras de dos pilluelos. (N. del T.)

la frase. Se acordó del vendedor de fruta de su viaje a Berlín y sostuvo convulsivo sus bolsillos.

-Cierra los ojos, cierra los ojos, así no ves nada, así no oyes nada, así no sabes nada de eso -canturreaba el pintor.

-Sí -dijo Tomás-, la solidez de la investigación aumenta mediante la intensidad del placer. La venda es como cerrar los ojos en el momento supremo...

-Vea usted, nada más -el pintor señalaba emocionado a la pareja-. Eso es interesante. Tengo curiosidad por saber qué va a ocurrir.

El señor se había quedado parado frente al cuadro de Leda y lo había contemplado por un momento. Una casi imperceptible intranquilidad se hizo manifiesta pues se abanicó con el sombrero y se lo acomodó. Luego se dirigió por primera vez hacia su mujer, quien fingió que se interesaba por un Tintoretto. Él le hizo una seña y la llamó, después, por su nombre. Ella se le acercó con intencionada resistencia y lanzó una mirada llena de afectación e indiferencia al cuadro, metió sus manos en el manguito de armiño, que traía siguiendo la moda a pesar del verano, luego continuó caminando. Su marido la retuvo por un brazo y le susurró algo al oído. Entonces ella se aproximó al cuadro. Después de un rato sacó la mano del manguito, alcanzó a su marido y se pegó a él.

-Mira, mira -opinó el pintor cerrando un ojo-, éstos son todavía receptivos a las obras de arte. Apuesto que dentro de cinco minutos esos dos se van a la cama.

-Esto es, si no se les ofrece antes la oportunidad -dijo Tomás pensativo-. El amor es algo raro. Las gentes se imaginan que se aman y en verdad, aman a Leda o al cisne.

-El resultado es el mismo -añadió Keller-Caprese.

-Por supuesto -afirmó Tomás-, pero no por eso dejan de engañarse menos. Y lo que vimos hace un momento sucede en cada teatro, en cada reunión, en cada calle, una y otra vez. La joven pareja amorosa riñe aun en el viaje de ida al baile, y con ayuda de los apretujados y tirantes pantalones en el trasero de un teniente de húsares o del gran escote de la beldad de la fiesta se transforma el odio en cálido amor, de tal manera que, en el viaje de regreso, se lanza el vestido al cofre de equipaje. Lo que llamamos amor es igual para los hombrecitos y las mujercitas, es sólo la exageración de una voluptuosa excitación por medio de este o aquel actor, por medio de este o aquel libro, el objeto que nos confió el fraile. Sucede como en las coronaciones reales. Se pone en el mercado una fuente de vinos que cualquiera puede atrapar en su vaso. La fuerza y la satisfacción amorosas son regiamente ricas, pero no mejoran porque el carnicero diga que el vino del rey es su propio vino, y no se hace más noble porque nosotros utilicemos frases como fidelidad inviolable y amor eterno. Un concepto como la fidelidad es pura tontería, un invento de las mujeres para mantener sometidos a sus hombres, mientras ellas pueden continuar con sus pecados imaginarios, sin ser molestadas. El adulterio es permanente; el amor, una ininterrumpida cadena de apretados eslabones de deslealtad y votos de fidelidad, un medio ideado por la perfidia humana para usarlo siempre como pretexto en la descarga del mal humor y de la propia conciencia de culpa.

Keller-Caprese se doblaba de risa y se daba golpes en las rodillas.

Tomás se enardeció aún más por el éxito de sus habladurías.

-¡No desearás a la mujer de tu prójimo! El hombre no puede existir sin cometer adulterio constantemente. ¡No matarás! Matamos cada vez que respiramos. Cortamos flores, sacrificamos el ganado, una grandiosa ilustración para el quinto mandamiento. ¿Y matar seres humanos? Cada muchacha nace con veinte mil óvulos y, aun antes de llegar a la pubertad, ya se asesinaron a diecinueve mil de esos niñitos; el hombre mata también, constantemente, miles de sus hijos, de los que trae guardados en el saco. ¡No jurarás el nombre de Dios en vano!, de allí el saludo, adiós. Quisiera saber qué otra cosa hacemos sino blasfemar cuando lo volvemos responsable de todo lo bueno, pero sustraemos el así llamado mal de su autoridad y lo reservamos para el diablo. El concepto del pecado es ya una blasfemia contra Dios.

Keller-Caprese comenzó a santiguarse de nuevo, esta vez a escondidas, pues temía la furia de su protector.

-Todo el asunto de la legislación en el Sinaí es un chiste del viejo Moisés, y tuvo buenas razones para cubrir su pellejo cuando regresó con las famosas tablas. Su risa lo hubiera denunciado.

El pintor sintió una inquietud misteriosa y, con un giro violento, dirigió la conversación hacia otros cauces.

-Sus palabras me recuerdan a *Pedro, el mugroso*, de quien ya antes estuvo hablando. ¿Se acuerda de la última página, cuando Roberto es llevado en el aire por su propio paraguas? Así me lo imagino a usted.

Tomás frunció la frente y dijo melancólico: -Parece que usted entiende bien poco de ese maravilloso libro. Yo le señalaba hace un rato que la filosofía se da a conocer en *Pedro, el mugroso*. Sí, también es factible aplicar todas las verdades universales en una sola persona; lo es, puesto que la investidura para los comportamientos individuales es muy amplia, coluda y desaliñada; es cursi hacer algo así. Roberto, el que vuela, el que es alzado en el viento por su paraguas, se encuentra en un paralelo con Paulita, la niña de los cerillos. ¿Usted conoce el significado de abrir un paraguas, verdad?

Keller-Caprese cometió la tontería de asentir con la cabeza y hacer un ademán apaciguador con la mano, muy convencido como estaba de que sabía lo que era un paraguas. Por ello, no se pudo expresar bien el orden de ideas de Mundete.

-Así pues -continuó Tomás-, el pintor-poeta quiso decir que abrir el paraguas en edad inmadura produce la tisis; una opinión que, para la época de este genial alienista, era muy usual. Él lo indica así: que el joven Roberto es llevado por el paraguas rojo, ponga usted atención, el color rojo y también la forma de la nube son significativos, y que él se hace cada vez más chiquito. Pero el genio que guiaba su mano puso detrás de esta deseada simbolización, una más profunda. Roberto vuela en las alturas, acercándose más y más al cielo, a la perfección. Sin que el artista lo sospeche, con su estrecha locura profesional, expresa la más profunda verdad, en cuanto ese supuesto vicio es la condición y la raíz de todo progreso, y que eleva a la humanidad al mundo de los ideales.

Tomás se calló y Keller-Caprese, que estaba a punto de asentir, salió de su semisueño y se frotó los ojos. -¿Y Paulita? -dijo.

Tomás se rió. -¿Paulita? Ella hace lo mismo que usted, ella frota. Frota la cajita de cerillos, hasta que las flamas surgen y se consumen. Ojo y caja, ambos son símbolos del secreto femenino. Aquí también subyace la advertencia de no abusar del dedo, una profunda glorificación de este primitivo impulso humano, el amor a sí mismo. La invención de la luz y del fuego nos salen al encuentro cuando se nos transmite con el trágico dolor del verdadero poeta, que deja consumir a su heroína al final del libro en aras de los inconscientes servicios a la humanidad. Y qué lindo es que introduzca a los gatos, esa alegoría en todos los idiomas para lo femenino, esos *chats* y *cats*. El sueño reparador que extingue la excitación del fuego. Un arroyito en el prado, ¡qué precioso está dicho!; inocuo para los no iniciados y profundo para los que saben.

-Oigo el murmullo de un arroyito -se puso a zumbar Keller-Caprese.

Tomás lo miró con severidad.

-La última palabra que dije fue “saben” y no “caguen”. Su alusión es muy impertinente -se levantó para dirigirse hacia la salida.

El pintor esbozó una mueca a espaldas de Mundete y lo siguió lentamente. Reflexionaba sobre la manera como podría transformar, de nuevo, el humor de esa bolsa llena de dinero que caminaba frente a él. Por fin, se quedó parado frente a un gigantesco cuadro del Veronese, puso su mano como un telescopio en su ojo izquierdo y gritó: -Mundete, venga para acá, tiene que ver esta iluminación y esta combinación de colores.

Tomás ni siquiera se dio la vuelta, algo tuvo que haberlo disgustado mucho. A la salida lo alcanzó el pintor.

-¿Qué le pasa, Mundete? -le preguntó con seria preocupación, pues sólo el buen humor de su víctima le servía como segura garantía de una abundante comida.

-¿No vio usted allá arriba al bebé? ¿Tampoco lo oyó gritar? -le preguntó Tomás.

-¿Un bebé? No. ¿Dónde había uno? -Keller-Caprese echó una mirada en torno, como si esperara poder comprobar la existencia del niño llorón viendo a través de los muros del edificio.

-Frente a nosotros estaba colgado un cuadro, un cuadro..., pero usted es tan apático que da asco. Usted no ve nada y no oye nada, no escucha los terribles gritos del atormentado hijo de Dios que reposa, medio

estrangulado por los pañales, en los brazos de la madre. Grita y grita -Tomás se tapó los oídos- y nadie, excepto yo, parece escucharlo.

El pintor comenzó a darse cuenta.

-¿Se refiere usted al niño Jesús en la Madona de Mantegna?

-¡Pregunta y pregunta! -Tomás lo vociferaba para todo el mundo y seguía caminando a grandes pasos, con los dedos en los oídos-. Nefasto, claro que es un símbolo, o una sátira -se calmó de repente y dejó caer sus manos-. Una sátira, naturalmente. ¿Cómo pude ser tan tonto para haberme asustado?

Se quedó parado, agarró al pintor por el botón del saco y le puso el dedo de la otra mano sobre el pecho.

-Vea usted, detrás de este bebé, que grita mudo porque no puede mover ni brazos ni piernas, están todos los niños que son maltratados por sus madres, con el pretexto del amor y los cuidados. Madre e hijo, ése es un extraño capítulo. Primero, las mujeres arrojan a un pobre e indefenso ser fuera de sus vientres, donde se encontraba cálido y tranquilo, lo arrojan brutalmente, tanto que el encargado de un café nocturno podría aprender de ellas.

Keller-Caprese miró a su portamonedas viviente con furia, y Tomás, divertido, le arrancó el botón que sostenía. Lo observó y se lo puso al pintor en la nariz, para continuar hablando.

-Botón, ombligo, ya es mucho que un ser tan inacabado no intente colgar al bebé del cordón umbilical, pero la cuestión no suele salir sin un rostro chueco o un ojo hinchado para el niño. Incluso de este hecho del mal trato deriva la mujer el derecho hasta su muerte sobre el niño con pañales: soy tu madre, parálizate. Afirmo con toda frescura y sin tino que nadie está más cerca del hijo o de la hija que ella: si no conoceré a mi propio hijo... Mi hijo no haría algo así. ¡Ajá! -continuó triunfante, mientras que Keller-Caprese bajaba la cabeza temblando.

-Usted ya conoce esa canción, nació en medio de dolores y recibió lo propio mil veces. Como si le hubieran preguntado a uno por adelantado y como si fuera un placer ser lanzado, con la cabeza por delante, escaleras abajo. Pero así son las mujeres: piensa siempre en lo que diría tu mamá, si tú hicieras algo malo ¿Conoce también la faja de bebé?

Se había zafado de su contrincante y, con verdadera furia, envolvía a un lactante con la mano derecha, mientras hacía como si lo sostuviera con la izquierda; lo envolvía con tal fuerza que no podía haber ninguna duda de que esta madre en pantalones estaba muy convencida de sus derechos maternos.

-Y el viejo asno del padre -los ojos de Mundete brillaban de odio, y esta sensación pareció contagiar a su oyente, quien por lo menos cerró el puño- se queda allí parado y admira el sagrado oficio de la madre. No hay de qué extrañarse, pues la mujercita le llena el oído de encantadoras dulzuras; lo llama ángel y le toca una música celestial, ella lo circunda con muchas horas de amor, y nadie oye el sordo grito del niño, nadie, excepto yo. Y este astuto truco de las mujeres, de maltratar y obtener de ahí un derecho sagrado, lo han aprendido de ellas todas las bestias, imitándolas. Luego viene la escuela y afirma tener el derecho sobre la aplicación del niño; la profesión viene y habla de deberes, así viene el Estado y reclama con pitos y trompetas el amor a la patria, mientras que vacía los bolsillos y lo usa como carne de cañón y, finalmente, la Iglesia predica con su ya conocido gran estómago, sus santos oleos y Dios y el pecado. Pero todos ellos no compiten con las mujeres. Ninguno de ellos puede decir: "Te traje bajo mi corazón", bajo el corazón, se atreven también a decir eso, se jactan de haber traído a sus hijos no en el corazón, sino bajo el corazón; nadie tiene un lema tan bello como: "Tú eres mi carne y mi sangre". Ellas se imaginan realmente haber hecho al niño, cuando en realidad éste es hecho en ellas. ¿Usted conoce a Ágata?, ¿no, no la conoce? Pues Ágata es mi hermana. Por cierto, esto no le debe importar. Ella es también una faja para bebé, una con lazo, con lazo para el sombrero, de color violeta; probablemente, para ostentar su modestia como las violetas. Pero las violetas son forzosamente por su olor y por crecer en tal cantidad... sí, mi hermana...

Pensar en Ágata confundió de tal modo la lógica del pobre loco que perdió el hilo. -¿Dónde me había quedado? Correcto, con el violeta. Ya antes usted había hablado algo acerca de ese color, ¿de qué se trataba?

-Un Veronese -respondió Keller-Caprese.

Tomás vio con desconfianza que el pintor se mojaba los labios, pues se le habían reseco con el susto sufrido a causa del bizarro ataque contra las madres.

-Sin duda, usted pensó en el banquete del rico Veronese, mi viejo amigo, pero en castigo a su codicia tendrá primero que oír una disertación sobre los colores.

Obligó a su compañero a sentarse en una banca, se colocó frente a él con una mano en la espalda y la otra en el pecho.

-Así, comencemos por el rojo, el color del amor. De inmediato, usted ve toda una serie de conexiones. Rojos son los labios, con los que uno balbucea palabras de amor y con los que se besa. Rojo es también lo que los labios encierran con vergüenza, el sexo de la mujer. Roja también la llave del amor que abre este sexo, y roja la sangre que de ahí fluye. Además, roja es la nariz del hombre distinguido, como puede notarlo en la mía. No se ría, Keller-Caprese, si no, lo voy a dejar allí sentado. Entonces, hemos reunido en el rojo: amor, sangre y...

-¡Trago! -completó el alumno.

-Vino rojo, correcto. Muy bien. Usted puede cuando quiere, Keller-Caprese, pero usted no quiere. No me contradiga, yo lo conozco. Usted es un tipo completamente inútil. No sirve para nada. Váyase a la calle y dedíquese a adoquinar. Tenemos, pues, aquí, y para recapitular de nueva cuenta, el amor, la muerte y el...

-Vino rojo -completó el alumno.

-Trago, correcto, muy bien Keller-Caprese, usted puede y todo lo demás. Entonces, pasemos al verde, igual que en la física. Si uno ha visto durante un rato algo rojo, así, al mirar una superficie blanca aparece el verde. A eso se le llama en su jerga colores complementarios. Bueno, el verde. Ése es el color de la fidelidad. Siempre verde. Curiosamente, todas las mujeres afirman que la fidelidad es azul, que es el color de la esperanza, pues el cielo es azul. Pero, ya que lo único a lo que le guardan fidelidad es al instrumento por el que esperan y por el que llegan a la esperanza, y ya que no les importa nada el cielo, sino que sólo aman el cálido, húmedo y oscuro infierno y lo traen consigo, así pues, confunden esperanza y fidelidad, y llaman al azul, verde. Quizá aquí se expresa aún el instinto materno. Al niño le ponen cintas azules en su cojincito y él mismo es un muchacho verde y lleno de esperanza. El diablo hace su aparición cuando usted se sonríe. El único que se las sabe todas con las mujeres es el diablo. Sí, usted ya entiende, el diablo de Bocaccio... ¿o tampoco sabe eso? Yo debí habérmelo supuesto, pero no tengo tiempo de andarme ocupando de su holgazanería. Búsquelo en *El Decamerón*, lea el cuento de la muchacha en el desierto de Tebas. Pasemos ahora a la mezcla de los colores, al blanco. Ese es el color de la inocencia y la limpieza, probablemente, porque está tan mezclado. El blanco es también el símbolo de la inocencia y la limpieza: la paloma, que como ya se sabe es el animal más lujurioso y sucio; por el contrario el puerco, que siempre es llamado sucio, es tan limpio que incluso se instala su propio baño en el chiquero. Del mismo modo se habla de la limpieza infantil y de la inocencia infantil, aunque bien se sabe que los niños son unos puercos, física y psíquicamente. Al diablo con el lenguaje. Es una invención estúpida. ¿Quién puede, pues, resolver la cuestión? Paloma, niño, puerco. Y, además, la madre llama con mucha frecuencia a su hijo: "mi cochinito", lo que conduce a sacar la conclusión de que ella misma es la gran puerca. Esto de paso. Blanca es también la nieve, el sudario de la naturaleza. Es de suponer que las gentes eligieron el blanco como color de la inocencia, pues frecuentemente asesinan, en el pensamiento, por lo general a aquellos que pretenden amar: su pareja, sus hijos y sus padres. Lavarse en el inocente color blanco ofrece, además, la ventaja de que pueden seguir acariciando sus criminales pensamientos con la apariencia de la limpieza. El blanco es también el...

-Vino blanco -el pintor dio un salto y continuó hablando con vehemencia.

-Correcto, muy bien, Keller-Caprese. Usted puede, cuando quiere, pero ya tengo la lengua pegada a la garganta de tanto oír sus tonterías, y usted continúa parlotando, sin darse cuenta de la resequedad de su interior. El amarillo es el color de la envidia. Usted es un envidioso, querido amigo. Por lo demás, usted tiene razón, debemos ir a comer. Conozco una taberna agradable en las cercanías del puente de Hércules...

-Por el amor de Dios -gimió el pintor-, pero si hay restaurantes por aquí. Me muero de hambre, me muero de sed.

Tomás se metió la mano a la bolsa: -¡Aquí tiene! -dijo, mientras le daba la moneda acostumbrada-. Puede buscar algo en los alrededores. Yo me voy al puente de Hércules.

Keller-Caprese hizo desaparecer el dinero en la bolsa de su chaleco. -Como mejor acompañado -dijo-,

es más divertido y...

-Más barato -dijo riendo Tomás y luego jaló al pintor consigo.

Ya no se sabe más de la salida de esa visita al museo, sino que al día siguiente Keller-Caprese despertó, medio vestido, en la bañera de Mundete, cuando Tomás abrió sobre él la llave del agua caliente.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck